

Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres...

VICENTE MEDINA

AÑO 1919

Obras de Vicente Medina

Poesía Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

La Canción de la Huerta Aires murcianos -- Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

La Canción de la Vida POESIAS con autobiogra-

Alma del

La Canción ági- mo

Abonico Po re Ai-

Canciones (ción
airada c esta
Esto es res.

Teatro

Obras dram

EL CALOR DEL HOGAR
EN LO OBSCURO
LOS PÁJAROS
LA FIESTA DEL MAR
EL CANTO DE LAS LECHUZAS

Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres...

Vicente Medina
Año 1919

Lector:

Hemos de publicar "El libro de la paz"; pero tarda en ver la luz... Será un tomo voluminoso por las informaciones periodísticas y artículos recortados que en esta obra se incluyen.

Entre tanto recorte, quizás nuestros trabajos pierdan relieve y significación. Nuestra labor, en ese libro, es, y así tiene que ser, como una voz amargada y dolorida que se pierde entre tantos clamorosos gritos...

Así tiene que ser porque pasará el tiempo y se olvidarán muchas cosas que recogemos en ese libro y que justifican nuestras lamentaciones, nuestras protestas, nuestros gritos airados, nuestras decepciones desgarradoras...

Y aún en la actualidad, también tiene que ser así porque esas muchas cosas, esos infinitos detalles recogidos de las informaciones diárias, no duran presentes y recopilados, como en nuestro libro, en la imaginación de numerosas gentes que no han seguido la guerra al día, ni han parado mientes en los cambios y cosas de profundas significación moral.



Pero teniendo en cuenta que hay también muchas personas que han seguido con ansiedad como nosotros y más que nosotros inquisitivamente, este proceso universal de la guerra, y que para esas personas, lo interesante puede ser únicamente nuestra impresión personal neta y descarnada, damos aquí escuetamente nuestras producciones de tendencias pacifistas é internacionalistas Estas producciones son casi todas las incluidas en "El libro de la paz" y otras muchas de la misma tendencia, anteriores ó posteriores, y no incluidas en él, y formaremos con ellas tres volúmenes que vendrán á ser esencialmente verdadera síntesis de "El libro de la paz".

Los títulos y orden de estos tres volúmenes serán como sigue:

I Yá regada está la tierra
con la sangre de los hombres...

II Hondos surcos han abierto
los trabajos y las penas...

III ¡Sembradores, á los campos,
que es el día de la siembra!

Los Grabados de esta Obra

Con motivo de la guerra se han publicado páginas gráficas tan emocionantes, tan artísticas, tan elocuentes, que hemos recogido algunas para reforzar nuestros trabajos de tendencia piadosa y pacifista.

A los autores y revistas de que han sido tomadas esas ilustraciones, pedimos generosa disculpa en gracia á la buena intención que nos guía en esta invasión de sus derechos de propiedad.

Esta inocente invasión es bien distinta á otras que tanto han de ser lloradas por los hombres.

Dedicatoria

Este libro lo dedicamos con preferencia á los cuarteles, á los cuartos de banderas, á los oficiales superiores del ejército y de la marina y á los hombres civiles que sueñan para sus hijos con la brillante carrera de las armas...

No lo dedicamos á las madres, á las esposas, á las enamoradas de los que fueron á la guerra, ni á los hombres ingenuos y sensibles, porque este libro ya lo tienen escrito en su corazón.

Y, sin embargo, la sangre continúa derramándose en todas partes, como en los mejores tiempos de la barbarie. Las clases directoras civilizan y educan á cañonazos.

León Tolstoi



Vosotros los pueblos de Occidente, que os suponeis tan libres, teneis doblada la espalda bajo el peso atroz del nacionalismo.

Rabindranath Tagore

Sea la paz

La guerra, fatal, inevitable y todo... ha debido evitarse!

¡Qué libraremos que merezca la pena de esa espantosa inmolación de vidas y de hogares deshechos!!

Pensamos en mañana: los rencores, los odios, serán exacerbados... "Matemos" de una vez la guerra, pues las guerras engendran las guerras.

¿Qué importa que un hombre quiera la guerra, si todos los demás no la quieren?

Hagamos en los hombres el amor de la paz!...

¡Cantemos la paz, prediquemos la paz, recemos la paz!

*
* *

La diplomacia no ha evitado la guerra que más ha debido evitar.

*
* *

La paz armada es el arma peligrosa que se dispara sola.

*
* *

Los Estados Mayores de los ejércitos durante la paz, mien-

tras los pueblos laboran por el amor y el bien, estudian la manera de aniquilarlos y destruirlos.

* * *

Los pueblos y el mundo entero se conquistan con la obra de la paz. Las armas dominan por el terror; pero no conquistan ni hacen más grandes las naciones.

Aplaudimos á los ejércitos victoriosos y... ¡todas aquellas manos vienen manchadas de sangre!

* * *

Emoción, recogimiento, sentimos y tratamos de hacer sentir.

Ramito de flores con palma y olivo es este libro; florecillas diferentes juntadas por la misma mano con la misma delicada intención; palma para los mártires, tallo de oliva para los que luchan, ramito piadoso para los muertos.

Nuestra simpatía

Nuestra simpatía está con los inocentes, con los débiles... y, al final, con los abatidos que se vean en desgracia.

La verdad

La crónica de la guerra hasta el día nos ha dado lo que ha inspirado este libro y lo que ha motivado nuestra airada protesta, nuestras condenaciones...

Creemos que muchas de las informaciones que han llegado á nosotros pueden adolecer de ser interesadas, parciales é inicuamente injustas; también creemos que todo el horror y toda la verdad no se sabe, tanto de las causas de la guerra en los pozos negros de la política, como del comportamiento, reprobable ó digno, de unos y otros ejércitos; pero por encima de lo que pueda suceder y de lo que se pueda decir, existe innegable un vaho de verdad fatídica de crímenes y de infamias.

Esta verdad irá saliendo á la superficie y, con claridad de aurora, tras la espantosa noche, veremos el abismo en donde se ha precipitado la Humanidad y conoceremos los culpables que tan funestamente la han encaminado.

Es cuestión de cultura

Para justificar la guerra, dicen los pueblos combatientes que luchan por las libertades humanas...

Así tiene que ser porque es guerra de casi todos los humanos y casi del mundo entero.

Así tiene que ser, en efecto, porque las libertades humanas son la cultura y, si tuviesen esas libertades, esa cultura, no lucharían...

Lo que habría que determinar con exactitud, es en donde está la cultura, quienes, la atacan y quienes la defienden.

Es indudable que los que dén pruebas de incultura serán contrarios á la cultura, ó sea los enemigos de las libertades humanas.

Nos bastará entonces, para enjuiciar en este drama, el más grande de la Humanidad, ir señalando manifestaciones de cultura ó de incultura... Así conoceremos nuestro aliado y nuestro enemigo...

No se trata de la cultura probada y reconocida desde hoy

para atrás, pues nos hemos podido pervertir: hay títulos viejos que caducan y que se manchan. Se trata de la cultura en este momento verdaderamente difícil, que es cuando resaltarán tanto el desinterés y los sentimientos nobles y delicados, como lo sórdido y brutal y lo bajo y canallesco.

¡Tantas piedras de toque, desdichadamente, nos van á servir en este trance para probar la cultura!...

* * *

La verdadera incultura se manifiesta por falta de sentimentalismo.

Es incultura la guerra; son incultos los que la han premeditado, preparado y provocado.

El odio, el rencor, la saña, son incultura.

El endiosamiento, la vanidad, la petulancia, son incultura.

El soberano que se cree verdaderamente soberano, es inculto.

De los engreídos, desde los mas altos en escala descendente, viene la incultura...

La cultura está en los humildes, en los sencillos, en los débiles... en los que sufren, en los que respetan, en los que conceden...

La generosidad, el desinterés, la tolerancia, son cultura.

Los que lloran, los que perdonan, los que aman, son cultos!

* * *

Queremos insistir una y mil veces· la causa madre, fundamental, esencial, de la guerra es la incultura.

Alemania ha demostrado su incultura, dejándose embaucar por su emperador, por el brillo de los uniformes, por los militares serviles de un emparador inculto, por sus políticos serviles del militarismo más inculto todavía!...

Alemania habrá hecho mal ó bien, para sus intereses, comprometiéndose y comprometiendo á todos en el bárbaro negocio de la guerra; pero ha patentizado su materialismo brutal, inculto!

Porque Alemania sin motivo ni razón entrando en Bélgica tirando la puerta de una patada, ya ha demostrado su nivel de cultura... y luego, ya dentro de la casa ajena, ha hecho tales



cosas que, sin falsa modestia, y con razón, sus ejércitos bien pueden blasonarse de asoladores y bárbaros.

Educado, sí: reconocemos al pueblo alemán educado ó, más propiamente dicho, "preparado". Pero en el sentido que solemos decir "persona educada", no.

Cultura, fuera de su acepción común y corriente, es algo espiritual y del sentimiento: pero afinado, delicado, como una rara flor que dá la bondad cultivada. Observemos que, siendo cultas en general las personas, decimos expresamente cuando lo merecen de verdad: "es persona culta, fina, delicada"... Queremos decir bondad, comedimiento, indulgencia... transigencia, tolerancia, desprendimiento... Queremos decir bondadoso y educado...

Podemos ser civilizados y activos y laboriosos, fáciles dominadores de todo trabajo ó industria; podemos tener y realizar una elevada aspiración de la vida material; podemos contar con ciudades bellas, higiénicas, confortables; podemos ser económicos, ordenados, disciplinados; podemos envanecernos de nuestra profusa y perfecta enseñanza, de nuestras universidades é institutos científicos; podemos tener sabios y hasta

decir "nuestros sabios", y podemos hasta no tener ni un analfabeto. Pues bien: con todo eso y quizás por mucho de todo eso, "podemos no ser cultos".

Tengamos también presente que hay cultura de la barbarie.

Y con esta guerra, con sus manifestaciones de "bárbaro refinamiento", no sólo Alemania, sino las demás naciones que luchan, y también bastantes de las otras que no pelean, están dando una preciosa muestra de la más elevada cultura de la barbarie.

Sírvanos de escarmiento

No podemos aceptar el fatalismo de la guerra. Los hombres podrán evitarla: es cuestión de cultura... todavía está muy bajo el nivel.

El pueblo alemán no hubiese ido á la guerra, ni ningún pueblo, sabiendo lo quijotesco de la aventura ó la futileza del motivo, y sabiendo lo que habia de costarle.

Es innoble la mentira diplomática de querer justificar, por el asesinato de un principe, tanta ruina y tanta muerte. ¡Dichosa estupidez de Sarajevo!

Claro: cuando llega el momento crítico, es una verdadera necesidad y hay que atacar y defenderse, y hay que sacar las banderas y las viejas tradiciones y los gloriosos hechos y el honor y el patriotismo y el heroismo y otros ismos, todo puras zarandajas... Y á morir y á arruinarse y á hundirlo todo y venga desolación y luto y miseria y barbarie!...

Ahora todo está bien: no podemos ser pacifistas cuando nos bombardean la casa y nos confiscan hasta las patatas los in-

vasores... Pero antes de la guerra debimos haber hecho algo más práctico que aumentar las escuadras; y de aquí para lo sucesivo debemos pensar lo que conviene, pues no creemos que sea cosa de acabar con todos los alemanes ó de que la guerra no acabe nunca, por los necios embustes diplomáticos, cuando la pura verdad es que todos somos muy ignorantes y muy bárbaros.

Por la libertad

Mi compañero juzgó mesuradamente el momento actual:

—Los dos bandos pregonan que pelean por las libertades humanas, y las libertades humanas reciben de ambas partes un golpe de muerte.

Sea cual fuere el desenlace de la contienda, será malo el resultado:

El ambiente de paz y de confianza que se sentía en el mundo civilizado, ha sido barrido y alterado por el huracán de la guerra. ¿Quién ya se vá á fiar de quién y de qué?

Los viejos rencores, despechos y humillaciones de los débiles, que habían sido amortiguados por el dulce bálsamo del tiempo, quedarán ahora más recrudecidos y llagados que antes.

En todo habremos retrocedido:

Volverá, como nunca, la preponderancia de los armamentos; las naciones todas arruinadas por la guerra, tendrán que

sufrir todavía tributos insoportables para poderse sostener.

Pueblos de régimen democrático en el servicio de las armas, regresarán por necesidad á los períodos largos y obligatorios.

Asoladas las regiones más industriales y fabriles, sentiremos la necesidad y carestía de épocas atrasadas.

Finalmente, además de estos daños, ya irremediables, si triunfa el militarismo, habrá llevado el golpe más certero y triste la libertad del pensamiento.

Incluso el pabellón

Nada como la guerra, de horror tan enorme, de salvajismo y barbarie, de cruento y de bestial, de bajo, de inmundo, de sangriento, de inmoral, de innoble...

¡ Oh ! caníbales tan decentes en vuestro canibalismo como los civilizados que también comen carnes sacrificadas, y más decentes y delicados, puesto que matáis para comer y no llegáis al nauseabundo canibalismo de matar por matar!

. . . .

Lo que hubiese costado el evitar esta masacre bochornosa, esta hediondez de la civilización, la mayor deshonra de los hombres, la más grande vergüenza humana, hubiese sido el grano de arena comparado con esa montaña de desdichas...

Lo que hubiese costado hubiese sido nada, incluyendo el tan cacareado y estúpido honor de los pueblos, que cubre como digno pabellón usado por piratas, los más grandes crímenes colectivos.

Los patriotas

Esa mayoría del pueblo que va á la guerra con gusto y hasta cantando es inconsciente... Escasean en esa mayoría los elementos cultos, delicados, reflexivos... y éstos van allí por el duro deber.

— Los generales no podrían hacer la guerra con masas de hombres reflexivos... Cualquier general, por general que sea, sabe ésto.

En esta guerra se han hecho espantosas heroicidades con tropas semisalvajes. Los alemanes tiemblan frente á los argelinos, cipayos y famosos cosacos. Sienten emulación y los contrarrestan "superando" en salvajadas. El "super" se manifiesta siempre.

Un hombre educado (educado en la verdadera acepción) va, deplorando la grave circunstancia, á lo que ha dado en llamarse "terreno del honor". Un hombre más educado... no vá.



Mi amigo me decía:

"La guerra no se razona... La guerra existirá siempre... Ese impulso bárbaro del hombre, esa inclinación á la lucha, no podrá extinguirse..."

El aceptar esto significaría reconocer el anonadamiento, la ranunciación de limitados... Tendríamos que abandonar toda tendencia de perfeccionamiento humano...

Si la guerra no se razona, si no es razonable, hay que negar la mentalidad del hombre.

Aceptamos la guerra actualmente como grave problema á resolver.. como aberración... como dolencia cuya curación hemos de perseguir con fé en el triunfo de la razón...

Ni el sentimiento delicado, ni la razón serena, pueden admitir la guerra incurable, la guerra insensatez, la guerra absurdo...

Y llamamos la guerra absurdo porque la actual como otras anteriores, no es lógica ni bajo el punto de vista de lucha por la vida. Al final de esta clase de guerra ni los vencedores saldrán gananciosos... Y esto, no teniendo en cuenta las víctimas y los sufrimientos infinitos irremunerables con todo lo ma-

terial que se conquiste... Y esto también, prescindiendo de la alta consideración humanitaria de que toda conquista será á costa de tristes pueblos despojados...

Las viejas guerras religiosas ó políticas ó en defensa de la integridad patria eran justificadas y casi razonables... Pero, en estos tiempos, estas guerras de premeditación y alevosía como en los crímenes; de piratería y de saqueo; de suplicios, de esclavos, de rehenes y de contribuciones infames, son un mentís á esos caballeros que hablan del honor como exclusivo privilegio de ellos mismos, y que lo olvidan descendiendo al terreno vil de los bandoleros y asesinos.

* * *

Los patriotas: esa gran mayoria de inconscientes, de irreflexivos, que van á matar y á morir cantando, tiene la culpa de todo... Ellos aplastan por el número á la minoria reflexiva y rebelde... Ellos, manada de carneros, avanzan á la descubierta y muriendo como chinches estúpidamente, obscuros é ignorados, hacen brecha, llenan el foso y abren el camino para que pasen los gloriosos caudillos triunfadores... ellos custodian la preciosa existencia del tirano que los manda á morir... ellos,

mientras sus familias quedan abandonadas en la miseria y mientras ellos mismos agonizan de hambre, de sed y de fatiga en la lucha mortal, defienden hasta dar su último aliento, los intereses sagrados, la vida, la comodidad, la tranquilidad, de aquellos que los explotaron... de aquellos que se hicieron ricos y poderosos á su costa... de aquellos que los olvidan y abandonan cuando ya no los necesitan...

Y todo "de patriotas!" Sí "de patriotas", hacen todo eso.

¡Oh, pueblo creador de frases! ¡pueblo inocente! ¡pueblo vidente!... "De patriotas" quiere decir de irreflexivos, de cándidos, de babiecas.

Hácia el taparrabos

Siglos y siglos, quizás desde que el mundo es mundo, pelean los pueblos por su libertad. Todos dirán que pelearon ó que pelean por su libertad. ¿De cuando y de quién viene entonces esa tiranía contra la que pelean?

Nosotros diríamos que se ha peleado y se pelea porque ha existido y existe una gran carencia de cultura. Sin embargo, los dos formidables adversarios del día se encastillan y tratan de escudarse en la misma razón de todos: ambos declaran que pelean por la libertad y por la cultura.

La libertad impuesta á tiros... y la cultura á sangre y fuego.

Un pueblo bárbaro vive en paz... y un pueblo civilizado le impone la cultura arrasándolo á cuchillo... El pueblo civilizado ha llevado allí su cultura y, cuando ésta fructifique, aquel otro nuevo pueblo ya civilizado también, sabe perfectamente su misión, que será la de llevar á su vez la cultura á otros pueblos de aquella manera tan persuasiva y humana como es ametrallan-

do, violando, robando... Es el progreso. A estos pueblos cultos les falta solo un paso para su perfección: es poquita cosa y pronto la tendrán: el canibalismo.

A nosotros, con harto pesar, no nos entra ni á tiros, esta civilización de cañones monstruosos, y nos parecen unos ángeles del cielo los más bravos indios con sus caballerosas lanzas y sus gentiles flechas... Los mismos moritos nos encantarían si no fuera porque ya han caído en la depravación del mauser con dum-dum, ametralladoras y demás familia.

Y, de todos modos, preferiríamos dar una vueltecita por el interior de Africa ó por las regiones del Magdalena y del Amazonas... por Mejico mismo (ahora que ya tan civilizado se manifiesta) que no pasear por Europa.

Una selva virgen con sus tribus, sus fieras y sus reptiles, nos parece un refugio encantador, al pensar en los países civilizados barridos por la más pavorosa de las barbaries... Hemos visto las legiones de pantalón azul ó encanardo convertidas en las más terribles hordas salvajes y, en pós del tipo perfecto, comenzamos á orientarnos hacia el hombre del taparrabos.

Por eso hay guerra

Váis por la calle un poco distraidos y tropezáis con un hombre á quién pisáis; este os dá un empellón y os insulta mirándoos provocativo: por eso hay guerra.

Sóis clientes del almacenero de la esquina: mejor diremos sóis víctimas: os roba en el peso y en el precio y os dá muchas veces cosas podridas. Hacéis su negocio, todo lo lleváis de allí; pero un día tenéis la debilidad de comprar alguna cosa de las que él vende, en otra parte, en el establecimiento de enfrente en donde os ha visto entrar, y desde ese momento el almacenero os odia y se venga. Un día falta pan en casa y el almacenero lo tiene: mandáis por él y os lo niega. Además os manda expresiones: "Tengo pan — dice á la muchachita — pero no para ellos. Que vayan á comprarlo en donde compraron el queso". Y aquella noche cenamos sin pan. Por eso hay guerra.

Tenéis un vecino que no es un perro pero que ladra. Vuestro niño sale á la puerta comiendo una manzana y el hijo del veci-

no, que no puede negar á su padre, se abalanza sobre vuestro hijito, que es de dulce carácter, le arrebata la manzana y lo deja llorando. Vosotros salís en esto á la puerta y tenéis algunas frases de queja, de reconvención... el vecino os oye y sale á la puerta, os mira y ladra. Por eso hay guerra.

Las calles de las ciudades por céntricas, atildadas y concurridas que sean, parece que se han hecho exclusivamente para tránsito de animales y no para el de personas: los vehículos, los coches de lujo, los automóviles aristocráticos, se precipitan sobre vosotros y os atropellarían si no tuviéseis la atención, la deferencia, de deteneros y dejarles libre el paso... hay que hacerles casi una reverencia y es frecuente en el transeunte (sobre todo en las señoras con niños) una mirada de terror y de súplica: "Tenga piedad no nos aplaste!" Los animales pasan sonriendo al ver el pavor que infunden... Por eso hay guerra.

En muchas oficinas del Estado, de empresas y sociedades anónimas los empleados tratan al público á patadas... esos empleados que paga el público... Los papeles se cambian... Es como el militarismo, como los generales y la tropa que los paga el pueblo y sirven para encadenarlo... Como los reyes que co-

bran salario y se han erigido en amos y señores de quien les paga... Cambiados los papeles, los criados mandan en los verdaderos señores y por esto hay guerra .

Hay gentes á quienes favoreció la suerte y la naturaleza y, en vez de ser generosos, son ruines y menosprecian á los desgraciados y miserables, riéndose de los enclenques, de los deformes, de los tímidos, de los faltos de expresión, de los pobres ó ridículos en el vestir... de todos en fin los que no son ricos y robustos y gallardos é ingeniosos y elegantes y pervertidos de espíritu y crueles y bajos y soeces y tan viles y miserables como ellos. Por eso hay guerra.

Un mequetrefe estúpido ha pasado dos horas ante el espejo atildándose y arreglándose el chaleco y la corbata...

Ha rechazado una camisa y otra tirándolas al suelo por que tenían algún insignificante defecto de plancha y ha coronado su toilette llamando cernícalo al criado. Luego ha salido á la calle perfumado, ceñido y alisado como una mujer, y porque un pobre barrendero le ha echado sin querer unas motitas de lodo en sus zapatos de charol, le ha llamado imbécil, amenazándole con el bastón... Pues por eso hay guerra.



Y mientras haya gentes soeces que se hinchen de vanidad y de soberbia y que establezcan y practiquen las diferencias sociales de clase y de fortuna y le den honores y gerarquía á la riqueza y no á la bondad y nobleza del espíritu; y mientras haya hombres endiosados y personas que traten despóticamente y á gritos á sus criados, á sus empleados y demás dependientes; y mientras haya esclavos del vestir y de los cintajos y de las corbatas y de los uniformes y de las estrellas y de los galones y de las charreteras y de las bandas y de las cruces y de todos los demás ridículos y embusteros adornos, plumas ajenas de pavo real, habrá guerra!

Y habrá guerra mientras haya mentecatos que se pasen el día discutiendo sobre la guerra como sobre una partida de ajedréz. apostando, barbarizando y disputando á grito pelado sobre las tácticas, sobre los obuses, sobre la valentía de estos ó de aquellos ejércitos, como disputaríamos ó apostaríamos ante luchadores de oficio, bebiendo una cerveza helada, con gusto, con fruición, olvidados del desastre, del duelo universal, ó tomándolo á pasatiempo cuando, si para algo nos queda lucidez y fuerzas debía de ser para protestar, hasta enronquecernos, de

la lucha imbécil, para anatematizar de quienes la provocaron, para lanzarnos á todo riesgo entre los combatientes á contenerlos como hermanos que ciegos se matan.

Pero tememos que el mal no tenga remedio. Observamos con verdadero espanto que el número de idiotas entre los hombres es muy crecido y mientras este número no se reduzca mucho, habrá guerra.

¡Si al menos la guerra nos limpiase de idiotas!

Las señoras potencias

No entronicemos á los hombres.... nosotros mismos, exaltándolos, los convertiremos en tiranos nuestros.

No les demos el producto de nuestro trabajo — el dinero — pues con él comprarán armamentos para derramar, en su locura de grandezas, nuestra propia sangre y la de nuestros hermanos.

Hay naciones neutrales que se hacen querer como aquellas mujeres demasiado preciadas de su hermosura y demasiado cortejadas... No falta á su lado, para completo símil, ni la alcahueta ó alcahuete.

Y los pueblos son víctimas de aquella veleidad cortesana de tocador, porque no ha de llegar á ellos ni una piltrafa del rico presente vencedor de la honestidad.

A las naciones, como á las señoras, las ciega una vanidad pueril. Quieren no ser menos que Fulana y aplastar á Zutana. La potencia es tener más, ser más, brillar más. Es un tren de

lujo de puras vanidades: diríamos de impuras vanidades. Tener más acorazados, más cañones, más colonias, como tener más sombreros, más trajes, más alfileres...

Seamos cuerdos.

Los pueblos no ganan nada absolutamente con esta pretendida supremacía de las naciones, ni menos con el título y rango de gran potencia.

Individualmente ningún ciudadano percibe beneficio real y palpable porque su nación sea gran potencia, por muchos territorios que conquiste y por muchas escuadras que tenga. En cambio (¡sí!) sufrirá indudablemente en su carne, en su estómago, en su libertad, en su cuerpo y en su alma, cualquier menoscabo, cualquier golpe, cualquier lesión de intereses que sufra la Señora gran potencia.

Además (y éste es el verdadero peligro) las señoras grandes potencias no solamente arruinan á los pobres pueblos con su lujo, sino que los comprometen con sus broncas de celos y orgullos, como las mujeres malas comprometen á los hombres de bien.

Una vez que se restablezca el orden en el barrio, las per-

sonas juiciosas debemos imponernos y prohibir el lujo, el escándalo y los sombreros llamativos de las señoras inmorales.

Hora es ya de no dejar títere con cabeza y de que la paz de los pueblos no esté comprometida á cada instante por estas señoras mesalinas.

La guerra en la paz

Me dirijo á la razón serena libre de prejuicios:

Un pueblo poniendo, por encima de todo, el más alto sentimiento de Humanidad, elude la provocación de una nación guerrera...

Consecuencias dañosas para aquel pueblo que no quiere pelear.

Opinión desfavorable respecto á su manera de entender el patriotismo y el honor y, todo lo más, cambio de color en la bandera y en los mapas.

Por el contrario tendrá la ventaja y el altísimo honor de haber evitado el derramamiento de sangre y de haber transigido (con dolor, más honra todavía) en pró de los intereses individuales (el hogar con su pan y con su paz) que son los verdaderos intereses de la patria.

La guerra puede hacer más grandes los imperios (de mayor extensión digo) pero no más prósperos ni más felices los hogares.

Es soberbia, es incultura lo fundamental de las guerras y, evitándolas, es como los Jefes de los Estados darán la muestra de superioridad y de verdadero patriotismo, de capacidad para el puesto que ocupan.

Alemania venía haciendo, muchos años atrás, ostentación de grandes aprestos militares...

Inglaterra aumentaba sus poderosas fuerzas navales constantemente...

Estos armamentos infundían recelos, y otros países imitaban aquella conducta que arruinaba á todos y predisponía en el mal sentido, á pesar de las protestas, de unos y de otros, de pacíficas intenciones.

Los despechos, los enconos de contiendas anteriores, se recrudecían, y seguían abiertas y emponzoñadas las heridas...

Ha imperado una gran desconfianza contra toda reconciliación y declaración amistosa, abrigándose siempre, odiosamente, por unos y por otros, malas ideas.

Ya en el peor camino, no se trataba solo de rencores, revanchas, antagonismos... Se trataba también (aunque lo menos declarado, por pudor) de sacar algún provecho... siquiera

de resarcirse de aquellos locos estipendios guerreros, pudiendo de este modo, dar alguna satisfacción á la opinión alarmada en cada país...

A todo esto, la gestión secreta de las cancillerías ocultaba la gravedad del mal que cada nación debería haber conocido á todas luces y en todo momento.

¿De qué han servido las vinculaciones entre las familias reinantes? Son del más próximo parentesco los soberanos que se acometen rabiosos, arrastrando tras sí millones y millones de hombres...

No es ésta (como no fueron otras muchas) guerra á que han sido llevados los pueblos por fatal necesidad de expansión. Ni el territorio ni el botín á costa de unos pocos, serán la compensación de los que triunfen.

Con lo que costará esta guerra ¡á todos! en vidas, y en falta de producción y en subsistencias perdidas y en ciudades y monumentos de arte destruídos, se aseguraría el bienestar de la Humanidad largos años.

Después, al fin y á la postre, ó quedará todo igual (es decir, igual no: todo arruinado) ó media Europa aplastará á otra media, si no es la mitad del mundo á la otra mitad.



Si no ha tenido, pues, un fin práctico, miserablemente egoista, puede aseverarse que es una guerra de pasiones ruines, no en los que luchan ¡inocentes! sino en los que los azuzaron y empujaron al combate invocando la sagrada defensa de las libertades humanas y de los sentimientos patrióticos.

Seamos sinceros: no es una guerra con la cual las libertades humanas serán garantizadas, puesto que eso tendrá que ser á costa del yugo que soportarán los vencidos, humanos también.

Nunca la guerra servirá para conquistar libertades; serán conquistadas por la tolerancia, por la cultura, por el amor humano.

No habladnos de razas del norte, ni de razas amarillas, ni de latinos, ni de nada que signifique diferencias: en todos los hombres hay buenos y malos.

No despertéis nuestros odios contra los alemanes, ni contra los franceses, ni contra los ingleses, ni contra ninguno... ¡Pobres madres de todos!

No las vinculaciones de los soberanos, las de los pueblos han debido procurarse y á ellas debemos encaminar nuestros esfuerzos para asegurar la paz del futuro. Borremos en lo posible las

fronteras y entremos en olas de amor de unos países á otros. Cedámoslo todo, abramos los brazos á los invasores, pongamos como Jesús la otra mejilla á la ofensa, apuremos todas las hieles del cáliz, antes, siempre antes, que derramar tanta sangre inocente... antes, ciempre antes, que la mancha de la guerra... que la vergüenza de la guerra... que el crimen afrentoso de la guerra!

Alguien me ha replicado á estas ideas (y yo lo esperaba) si tendríamos que dejarnos avasallar por un país guerrero, tranquilos y cruzados de brazos.

Yo he defendido mi tesis de este modo:

¿Qué hubiese hecho Alemania si, mientras ella aumentaba sus armamentos y hacía inexpugnables fortificaciones, Francia hubiese roto y fundido sus cañones y abierto sus ciudades y sus fronteras indefensas á todo el mundo? Quien dice Francia, dice Inglaterra, Austria, Rusia, Italia...

No se trata de la vecindad de pueblos salvajes, sino de pueblos cultos y, ante el allanamiento de la paz, su conducta tendría que ser irreprochable.

La guerra, ya declarada, es la que lo justifica todo: la pi-

ratería, el saqueo, el incendio, la violación, todos los actos de expoliación y barbarie.

La causa de esta espantosa calamidad universal han sido los armamentos, manteniendo las rivalidades, los recelos, las suspicacias, y acarreando la ruina financiera que ha llevado á algunos pueblos, como á los hombres, á no reparar, para resarcirse, en medios más ó menos violentos y recusables.

Los armamentos han sido la guerra permanente en donde se ha perdido la sangre de las fábricas y de las campiñas; los armamentos han sido la guerra entre el buen sentido y la locura; los armamentos nos han traído á este desastre de anarquía universal que se llama conflagración; los armamentos han sido más tiranos que el más duro invasor; los armamentos han sido la verdadera guerra sin cuartel en todos los pueblos, la guerra de la ruina del trabajo, la guerra madre de las guerras, la guerra en la paz!

Guerra civil

Menos en lo político, es tan íntima y tan de mútua penetración y reciprocidad la relación entre todos los habitantes de nuestro planeta, que la Tierra es de hecho — aunque no reconocida como tal — una sola gran federación humana.

En tiempo de paz es así de tal modo que, aunque la proclamásemos, ya no podría ser más federación de lo que es en la realidad de la práctica.

En el concierto de los pueblos cambiamos los productos, las riquezas, las ciencias, el arte... Viajan las poblaciones y se mezclan y confunden las razas... Se celebran exposiciones, ferias universales de concordia y acercamiento... Se toleran entre sí las religiones y se alzan los distintos templos los unos al lado de los otros.. Todos gozamos de todo, todos sabemos de todos... Ya casi todos somos unos en el sentir y en el pensar... Hay pueblos lejanos que lloran nuestros infortunios... Tenemos leyes de solidaridad, casi universales, idiomas casi univer-

sales, y la más amplia tendencia de armonía y fraternidad universales, que será la religión futura del mundo.

Las soberanías, las organizaciones políticas, viejas, son el mal del mundo... son la causa de las guerras. Bastaría eliminar esa causa. Con ello no sufriría gran trastorno la vida de las naciones, en razón á que, en estos tiempos, lo esencialmente gubernamental es el régimen administrativo, y éste ya lo tenemos.

De tal modo nos conmueve esta guerra á todos y llega hasta los más neutrales y alejados; de tal modo afecta los sentimientos y los intereses de todos, que insistimos en que ya somos la federación universal y consideramos la actual contienda humana una guerra interior, una guerra entre hermanos... ¡la guerra civil del mundo!

*

* *

Si todo el dinero (sangre de los pueblos) y todas las energías (vida de los pueblos) que se han gastado en guerras y en armamentos se hubiesen aplicado á la enseñanza y á resolver el pavoroso problema del proletariado, el mundo tendría otra traza y podríamos aspirar algo legítimamente á nuestra pre-

tendida superioridad sobre los demás animales y al título de racionales que ostentamos, puramente honorífico.

Por cierto que los irracionales ante la masacre humana deben de estar horrorizados, formando de nosotros un concepto bastante triste.

Es el momento de convertir las armas en arados, de crear la nueva bandera, blanca, universal, única, y de que las legiones de la muerte dejen su puesto á los ejercitos escolares capitaneados por los maestros.

Soldados del hogar

UN DIÁLOGO

—Alemania triunfa! Y triunfa porque ha sido un pueblo preparado para la guerra. Triunfan sus masas de soldados, su disciplina, sus cañones. Triunfa el genio de la guerra personificado en su emperador, en su príncipe heredero y en todo aquel estado mayor brillante que hoy corona con el éxito la sabia labor de largos años, consagrada á la gloria de las armas y á la conservación y engrandecimiento del imperio.

—¡Muy bien! Ya tenemos una orientación; nos enseña y nos anima el ejemplo: los pueblos deben dedicar todos sus recursos y su inteligencia á ser fuertes y poderosos para la guerra.

—No solo para la guerra, puesto que Alemania ha hecho grandes también sus industrias, su comercio, su navegación... y á más, su ciencia, su cultura, su intelectualismo...

—Pero el estado financiero de Alemania era muy difícil.. Parece que los armamentos la llevaban de cabeza... Había

que tomar una determinación extrema...

—Sí; pero ahora con el triunfo podrá resarcirse... las contribuciones de guerra... lo anexionado...

—Claro! salvo media Alemania de luto y los intereses particulares afectados... Este daño á los intereses particulares será tanto ó más que el beneficio aportado al tesoro de la guerra con las contribuciones á los vencidos... Pero aparte esto que debería ser lo respetable por encima de todo — el dolor y el daño de cada uno — prosigamos considerando como principal lo colectivo — las naciones — y tratemos de ver clara la orientación que nos marca un pueblo triunfante por las armas y si los demás pueden seguir su ejemplo y enseñanza ó que recurso les queda para garantía de su integridad y defensa.

Las naciones grandes podrán sostener formidables armamentos con grandes cargas sobre la mayoría del pueblo productor y en beneficio solo de los dedicados á la carrera de las armas y á las industrias de la guerra...

Las naciones pequeñas nada conseguirán, ni aún gastándolo todo en defensa armada: además de arruinarse, bastará el zarpazo de una gran potencia para hacerlas desaparecer.



Esto en Europa: En América puede ser peor, por la condición de pueblos pequeños, poco numerosos, en territorios grandes. (Hacemos algo, la excepción de Norte América.)

Los tratados, las alianzas, no son ya de toda garantía... suelen fallar. Quedaría el recurso de las grandes federaciones y éstas podrían ser en Europa un medio de guardar el equilibrio... también en Asia... pero ¿y en América? Ni federado Sud y Centro América, ni toda América, Norte inclusive! ¿Cómo resistir el zarpazo de Europa? ¿Cómo guardar la extensa línea de las costas y los inmensos territorios?

Y ya habríamos llegado, por necesidad, á las grandes federaciones, prescindiendo poco á poco de las nacionalidades... Pero las federaciones armadas, como las grandes alianzas y ententes, tendrán el peligro de las terribles y extensas conflagraciones...

Sería menos dañosa la guerra, si no hubiese alianzas ni grandes naciones. Cuanto más local y más individual, sería la guerra menos inhumana y bárbara.

Así, que no vemos la orientación salvadora en los armamentos formidables de las naciones...

Aceptadas para siempre, como cosa fatal, las diferencias y

contiendas humanas, creemos que se les podría quitar lo que tienen de cruento y horroroso, limitándolas á lo natural:

Prévio el desarme universal, constituir grandes federaciones de rigurosa defensa individual, comunal y rural... ¡Todos ciudadanos pacíficos y todos soldados defensores, no de cosas abstractas, sinó de su hogar, de su familia, de su pan!

Mi discurso á los niños

Y yo les habría dicho en clase:

Niños: Os han hablado muchas veces de la patria, de la bandera... Os han hecho cantar himnos y os han llevado en procesión cívica por las calles... Os han mortificado en las plazas públicas teniéndoos de plantón horas enteras para oir discursos altisonantes de un patriotismo nada humanitario ni generoso.

Pues bien, niños: la patria es una cosa muy distinta que la sentiréis aunque nadie os la pinte con brillantes discursos ni os la haga ensalzar con himnos... Con elevados himnos que tienen siempre una muy sospechosa tendencia homicida.

La patria no es odiar. La patria en los niños es el pedacito de mundo donde tienen sus juegos, sus camaradas, sus primeras ilusiones infantiles... La patria en los hombres es aquella misma ú otra adonde van á formar su hogar, como los pájaros su nido. Y allí aman y allí tienen hijos y allí trabajan y allí

cooperan á la armonía social y al bien común, y aquel pedazo de mundo es su patria. Y los verdaderos patriotas no son casi nunca, ni quieren ser, soldados. Son hombres laboriosos de los institutos, de los campos, de los talleres, de las fábricas... Son hombres del hogar: son obreros, son artistas, son sabios. Son hombres que tienen la patria más grande de las patrias: el mundo... Son hombres que quieren la concordia universal, la justicia y el amor sin límites... Son hombres que quieren toda la Tierra convertida en reino de paz regido por la soberanía única de la razón y al abrigo no de otro pabellón que el de los cielos.

Las canciones patrióticas

Prólogo de "Canciones de la Guerra" del mismo autor

Casi todas las canciones patrióticas son guerreras, llenas de puros desplantes y fanfarronerías... el "honor" y el "valor" son consonantes obligados y el "morir ó vencer" y otras tonterías.

Tomaríamos de cada país alguna canción patriótica y resultaría que no hay pueblo en el mundo sin honor, sin valor, sin heroismo, sin gloria, sin cadenas rotas y sin opresores y tiranos.

El marcial soldado, el brillante uniforme, la gloriosa enseña... Y la libertad y la integridad, y el suelo sagrado, y el extranjero y el invasor.

Y el pueblo, el grandullón inocente, lo mismo canta las estrofas realistas, que la carmañola y la marsellesa y los himnos libertarios.

La cuetión es cantar y meter ruido y emborracharse de

gloria y de patriotismo y de valentía y de majadería.

Lo lamentable es que el pueblo llega á creérselo y, como el fanfarrón de la calle, se hace provocador y comprometedor.

Pero es lamentable, que hombres pensadores, que hombres cutlos, fomenten esas jactancias y necios desplantes, cuando deben saber muy bien que el valor, la grandeza y la virilidad real de los pueblos está, no en el vocerío escandaloso de las masas, sino en los actos reflexivos individuales.

Si no se componen de individuos conscientes, las colectividades, las mayorías, son bárbaras, ciegas... Se ven marchar estas masas á un fin, pero es porque las guía el pastor.

Hora es ya de que hagamos canciones piadosas, doloridas, de sana amargura, y de que dejemos los embustes convencionales que engañan y guían equivocadamente á la multitud.

Cantemos la tristeza real de nuestra pobreza, de nuestra ignorancia, lleguemos al sentimiento puro y sencillo, único dignificador, y vayamos contra los que embaucan y calientan al inocente grandullón con sus achuchadoras, infladas, suicidas canciones.

Nuestro himno

Hay quien se imagina de buena fé que ser patriota, un buen patriota, un gran patriota, es dar vivas á la patria, á grito pelado, y entonar canciones patrióticas y ponerse una banderita ó una escarapela en el ojal. Nosotros á estos patriotas no les tenemos fé.

Hay otros patriotas que los consideramos buenos patriotas porque, además de hacer todo eso, ó sin hacer nada de eso, sirven á su patria y demuestran que la veneran y la quieren. De éstos los hay que por su patria darían, de verdad, hasta la última gota de sangre.

Y nosotros, cuando hacemos negaciones de la patria y cuando condenamos la insensata inmolación de hombres por tomar ó por defender simplemente una bandera, no vamos contra los buenos patriotas, ni contra la patria.

Sí nos guía el ideal de que no haya contrarios, cómo vamos á ir contra nada ni contra nadie?

No queremos patria, para que no haya diferencias. No queremos banderas, para que no haya bandos ni legiones por ellas guiados al fraticidio. No queremos canciones patrióticas, para que se olviden los rencores absurdos que ellas evocan y despiertan.

Somos tan patriotas nosotros, que soñamos con la patria única: el mundo patria de todos. Y todos los himnos nacionales, por nobles y generosos que fuesen, no llenarían nuestra aspiración. Tenemos el ansia de un himno fervoroso que guíe á los hombres al bien: el himno del amor universal.



La voz de Dios

"Oigamos la voz de Dios, ténganos de su mano" nos dice algún creyente sencillo.

Pero á nosotros, más sencillos, más ingenuos, se nos ocurre preguntar:

¿Cómo Dios, omnipotente, ha de pedirnos que le escuchemos, que le oigamos? Es omnipotente y debe hacerse oir sin más ni más.

¿Cómo Dios, todopoderoso, no puede detener el brazo homicida de los hombres?

¿No será que Dios, sabio y principio y fin de todas las cosas, sabe bien lo que se pesca cuando deja á los hombres que se hagan polvo? Debe de estar de ellos hasta la coronilla, pues lo han fastidiado mucho con sus imbecilidades y con sus hipocresías.

Unicamente así se explica también que siendo Dios infinitamente bueno, haya consentido (y quizás preparado y dirigi-

do) esta guerra piadosa que acabará con muchos bárbaros profanadores y destructores de las más valiosas reliquias artísticas, de fábricas (templos sagrados también), de bellas ciudades, de aldeas inocentes, de hogares felices... Bárbaros allanadores de pacíficos y laboriosos pueblos, forzadores de mujeres y de niños... Bárbaros bandoleros, salteadores, incendiarios, inquisidores crueles... Hordas que han escarnecido y mancillado lo más digno, desde su propio honor, faltando á los tratados y á sus convicciones racionales humanas y religiosas, hasta llegar en su aberración y olvido de toda cultura á profanar, llenándolos de escrementos, los vasos sagrados del altar.

Y no solo parece explicarse que Dios haya consentido y preparado esta guerra para exterminio de bárbaros, sino que, además de consentirla, la encienda más y la atice para que la Humanidad (como ya San Juan anuncia en su apocalipsis) sea purificada por el fuego y por el dolor, y para que los hombres, despavilados á fuerza de golpes, dejen su orientación estúpida de carneros y se gobiernen y se arreglen y se entiendan sin representantes de arriba ni de abajo y sin otra soberana voluntad que la de ellos mismos.

Nosotros, como cualquiera, somos hijos de Dios, y como nada puede haber ageno á su voluntad y que de El no dimane, sin vanidad irreverente podemos creer que nuestra palabra es, pasando por nosotros, también la voz de Dios.

La guerra del mundo

Estamos en guerra. Conflagración europea se ha dicho; pero no es así: es la guerra del mundo.

Tal es, que Vd. en ese continente, yo en éste, y otros en otros, todos nos sentimos cerca, conmocionados á un tiempo, y el espíritu en una común penosísima ansiedad.

Sí, una guerra como nunca; en sí la más grande y, por sus alcances, guerra del mundo entero: sus efectos llegan á los rincones más apartados del globo; no hay mar tranquilo ni tierra en paz; cunde el pavor del exterminio y el de las codicias humanas voraces; en los campos arden las aldeas tranquilas y corre la sangre de los que labraban la tierra; en las ciudades se atrincheran los comerciantes y saquean á los fugitivos; sube el pan, suben los trasportes, suben los medicamentos!...

En los pueblos que parece que están en paz, se hace una guerra sorda más inhumana todavía, y las naciones neutrales

no son ni más ni menos que enormes arsenales que cooperan á la más incomprensible de las aberraciones humanas.

Se supone que, á partir de esta guerra, sufrirán gran modificación los mapas de los estados; esto no sería nada: Yo pienso en cual será, á partir de esta guerra, la orientación moral humana.

En este siglo, el más luminoso, el más culto, han sobrepujado las contiendas humanas, sangrientas, horribles, como no hay ejemplo en las épocas de mayor obscuridad y barbarie.

Las ciencias, los adelantos, han servido para que se destrocen los pueblos unos á otros encarnizadamente, en unas horas, y para destruir la bendita obra de la paz... ¡Son arrasadas las más bellas ciudades, sus museos, sus monumentos, sus bibliotecas!...

Nos habíamos ya casi conformado con la idea de la paz armada... ¡bendita paz, fuese como fuese!... Temíamos las guerras, pero pensábamos que éstas no eran lo normal. Hoy, ya tristes, abatidos, pensamos que puizás la guerra vá á ser la normalidad, y la paz una cosa pasajera, fugaz, como una ilusión...

Y si fatalmente, todo esto ha de ser así, ¿cuál es la orienta-

ción, la nueva ruta que han de seguir los hombres?·

*
* *

Si esta carta, si estas palabras llegan á Vd·, habrán pásado junto á los navíos echados á pique, los pueblos incendiados, los campos sembrados dé cadáveres... habrán oído de las madres y esposas los ayes desgarradores y el llanto silencioso de las novias... habrán visto barridos, desamparados y hambrientos á los débiles: los niños y los ancianos... Y llegarán estas palabras á ese continente cuando la humanidad entera deplorará, Dios sabe, qué hecatombe colosal y monstruosa.

Los pueblos no han pedido la guerra

Podeis comprobar que todos: los Jefes de Estado, los jefes de los partidos políticos, los jefes de las agrupaciones obreras... la religión en los templos, la razón en las universidades, y en los hogares el amor... Todos, todos, en todo el mundo, en todas las naciones, en el rincón más apartado de la tierra han manifestado anhelos de paz, han hecho protestas de paz, han reconocido el bien de la paz...

Y sin embargo, arde Europa y casi el mundo entero por los cuatro costados.

Ha sucedido así porque los que guían á los pueblos deseaban la guerra y la han premeditado y provocado...

Ningún pueblo de los que luchan hoy se ha levantado pidiendo la guerra.

*
* *

En un Congreso socialista celebrado en París á principios de

este triste año de 1914, parece que Hervé manifestaba que se podía evitar la declaración de guerra procurando una aproximación franco—alemana, lo cual era posible mejorando la situación general en Alsacia—Lorena. Según Hervé, la burguesía francesa quería que se devolviesen á Francia esas provincias, aunque fuese á cambio de alguna colonia. Y esto parecía una quimera como también la concesión en favor de Alsacia-Lorena de una independencia completa.

Quedaba también la posibilidad de otorgar á estas provincias una autonomía dentro del imperio alemán, declarando los alsacianos y loreneses que se contentaban con ésto, y declarando también el pueblo alemán que era satisfacción que otorgaba al pueblo francés.

Claro que cualquier solución era buena para evitar el derramamiento de sangre, y más buena todavía si era solución desinterasada y generosa.

Esta solución cualquiera, también era excusable y se podía prescindir de recordar rencores añejos, puesto que los pueblos no pedían nada y deseaban únicamente vivir en paz...

Los que guían (en escala de Jefe de Estado abajo) son los



que — por negocio ó por desenfrenada soberbia — remueven la imbecilidad de viejas historias para calentar á los pueblos y que vayan á dar su vida á los gritos de ¡Viva esto! ¡viva aquello!

Han embaucado á las multitudes con gritos semejantes, con discursos vacíos de verdadero amor humano y con toda la quincallería de los uniformes y las armas, las banderas y las condecoraciones...

Dejemos ya toda esa falsa teatralería que acaba siempre en pavoroso drama real, y enseñemos á las ingenuas multitudes á dar (no vivas á esto y aquello) sino mueras al odio, mueras á la guerra, mueras á las desigualdades á injusticias humanas!...

¡Pobres multitudes asesinadas, hambrientas, fugitivas, desesperadas!... ¡Pobres pueblos!... están en guerra, sufren la guerra... y ellos ¡inocentes! ni querían la guerra, ni han pedido la guerra!

Análisis

El regreso de las tropas de Melilla
Enorme entusiasmo popular y ascensos

Madrid, Enero 22. — Apesar del frío reinante, la población hizo un caluroso recibimiento á las tropas que llegaron de Melilla. Su paso por la ciudad fué triunfal. Recorrieron el Prado, las calles de Alcalá y Mayor, y desfilaron frente al palacio real.

El entusiasmo del pueblo fué delirante. (Es delirar... estar fuera de sí, verdaderamente).

Se les arrojaron no menos de veinticinco toneladas de flores, y hubo momentos en que estaban enteramente cubiertos por ellas los soldados.

El populacho ofreció á las tropas coronas da laurel, de plata y de bronce.

El presidente del Senado, el de la Cámara de Diputados, el alcalde y el gobernador civil, pronunciaron discursos. (Oh, los discursos!)

Los miembros de la familia real y los del gabinete presenciaron el desfile desde los balcones de palacio.

Las tropas y el pueblo dieron frenéticos vivas al Rey, la Reina, y á María Cristina.

"Los Periódicos"

—

Pero yo estoy maravillado!

¿Qué ha sucedido en mi patria felíz?

Delirante recibimiento á las tropas que regresan de la "guerra de Africa"... "Toneladas" de flores á los soldados... casi los cubrían de flores... como á los muertos!...

Oh, bendito pueblo! pueblo feliz!

Y yo ¡imbécil! que suspiro y lloro imaginándote desgraciado, abúlico, en manos de unos idiotas perversos... Yo que deserté de tí no pudiendo soportar tu odioso abandono de Job indolente... Yo estaba ciego... Tú eras felíz como otros séres cuya felicidad comprendemos á pesar de que los veamos vivir y revolcarse en una podredumbre que nos dá náuseas...

¿Pero, entonces, aquellos gritos de soberana y santa rebeldía; aquellas madres sublimes (santas como lo más sacrosanto) que se amotinaron para impedir la salida de sus hijos hácia el matadero infame; aquellos héroes (los más y verdaderos héroes)

soldados que tiraron sus fusiles por no cooperar á un inhumano asesinato colectivo y á la rapacería y al despojo en pró de mezquinos intereses de empresa y de accionistas empingorotados; aquel entusiasmo por la caída del chacal gobernante al amparo del mauser y de la guardia civil é insaciable de sangre y de cadáveres; aquel clamoreo de opresión y de angustia que se torna en respiro de libertad y alientos de reinvidicación gloriosa, qué fueron? ¿fueron? Oh, sí! Fueron y, quizás, todo aquello fué lo único que "fué", la verdad única que sangrienta palpita todavía.

Todo lo demás fué... bullanga, populachería, patrioterismo barato, pura teatralería de la que bien viven los comediantes de la perpetua farsa.

Yo he querido en mi soledad reflexiva analizar la efervescencia de esa masa que delirante de entusiasmo ha recibido la vuelta de las tropas de la "guerra de Africa", y he descubierto tres componentes importantes:

20 por ciento, jaleadores del pobre guapo que se curtió por ellos el pellejo y les hizo el caldo gordo, además de procurarles muy buenos ratos con las interesantes noticias de la guerra.

Otro 20 por ciento, de almas de Dios que creen que la patria

y el honor nacional de un pueblo, es eso: los uniformes, las banderas, el chinchin y el tararí-tararí, y los vivas.

Y el 60 por ciento, de impulsivos que si hubieran reflexionado en aquel instante, hubiesen visto que no aplaudían el retorno glorioso de un ejército, sino el feliz término de una inútil inmolación.

Y en el análisis de aquella masa, apenas si encontré señales de un elemento importantísimo: el de las madres que lloran sus hijos muertos; el de los hogares desolados; el de los hombres que seriamente se preocupan de la salvación de la patria y que, en estas horas, se estremecen en su fecundo reposo con la bullanga y la vocinglería del chinchin, del tararí-tararí y de los necios vivas.

La debilidad del uniforme

El antimilitarismo es una cosa aceptada ya como buena (como saludable para los pueblos) por muchas gentes de todo el mundo... La guerra ha demostrado que el militarismo empobrece á las naciones y no solo no garantiza la paz sino que, ya en la pendiente del desastre económico por el enorme gasto de los armamentos, precipita al abismo de los conflictos internacionales.

Esto es claro como la luz del sol y nos guía el anhelo de que todos vean y se aparten del abismo.

Recordamos que hace algunos años cualquier leve manifestación antimilitarista no solamente la entendian en sentido de agravio los militares y algunas gentes civiles, sino que, además, los primeros no aceptaban razonamiento ni discusion sobre la cosa y hacían la cuestión espíritu de cuerpo, optando por medidas de represión de caráter violento, como asalto en grupo á redacciones é imprentas de periódicos.

Hoy han hecho ya declaraciones antimilitaristas hombres eminentes de todos los matices y de todas partes, y entra la sana tendencia en un campo experimental de intelectual expeculación. Lo celebramos con toda el alma y ahora que la violencia de la frase sería quizás escuchada y razonada con mesuramiento, queremos ser mesurados en el decir para que no solo la razón esté atenta, sino también el corazón dispuesto á la buena inclinación.

*
* *

La carrera de las armas se consideraba una carrera brillánte... En lo de brillante no entraba por poco el brillo de los galones, de las charreteras, de los botones dorados, del fino paño de color, de los charoles, del sable, de las espuelas, del airoso penacho de plumas... Muchas familias aspiraban á que alguno de sus hijos siguiese una carrera militar... Las familias pudientes buscaban lo del brillo... las familias modestas, más positivas por necesidad, buscaban que el muchacho se asegurase los garbanzos. Esto en nuestro país: no sé en otros.

Lo de la carrera brillante lo hemos visto estimar pocas veces por el lado "sublime" de la gloria de las armas ó del honor de servir á la patria y morir por ella.

Es como la carrera eclesiástica, aunque por lo general de aspiraciones más modestas, tampoco es seguida las más de las veces por vocación mística, y la familia, cuando menos, pretende aquello de curita de misa y olla.

La mayoría de los militares y sus familias tienen muy poco en cuenta, y en conciencia, que el militar se ha hecho para que dé su vida en el campo de batalla abrazado á su bandera.

Tan es así, que cuando optan por la carrera militar y luego cuando ya la han hecho, más piensan en la agradable paz que en la guerra; más piensan halagados en lucir el vistoso uniforme que en arrastrarse enlodados y ennegrecidos por los campos de combate; y estiman una magnífica carrera la de obtener rápidos ascensos en las pacíficas guarniciones y en las oficinas y en las embajadas, sin oir en su vida militar ni un solo tiro.

Hemos conocido un señor que había llegado á general de marina, sin navegar, porque se mareaba... Y el colmo de una buena carrera es llegar á Almirante sin haber, apenas, pisado un barco.

Así que, si lo brillante de la carrera militar es ésto, dada la más sincera orientación de la vida (y sin el gage triste de ma-



HENRI MORISSET — Le Boucher

tar ó morir) bien pueden los que se entusiasman con los uniformes, optar por carreras pacíficas, que las hay uniformadas también (de elegantes y vistosos uniformes por cierto) y si no, proponer que muchas carreras civiles sean uniformadas para realizar aquella inocente ilusión del brillante uniforme.

Si valiera nuestro consejo, sería el de que huyesen de los uniformes por lo mucho que de ellos se usa y abusa, siendo estilo exagerarlos en profesiones humildes como servidumbres de librea, alguaciles, ugieres, músicas municipales etc. etc. y tan recargados de galones dorados y bandas y penachos, que hay portero que parece un general y general que parece un portero.

*
* *

Nosotros queremos ser razonables y ser ingenuos... Los uniformes nos dán la espantosa visión de la guerra y de ahí nuestra aversión... Nos entenebrece el espíritu esa postura elegante, fastuosa de los oficiales del estado mayor alemán con sus amplios capotes, sus lucientes cascos y sus finas botas de charol, enguantados, correctos y estirados como en una sala de recepciones, y todo ésto enmedio del ensangrentado campo de batalla, dirigiendo impasibles y científicamente, la artillería que incen-

dia bellas ciudades y siembra la ruina, la desolación y la muerte...

Nosotros encontramos más aceptable la poca ó ninguna ostentación de los otros ejércitos y más todavía la indumentaria práctica y poco vistosa de los uniformes de color terroso, chambergos y cosas que nos aproximan al hombre civil y á la guerra de la propia defensa, ineludible... Encontramos algo ofensivo, algo de mofa y de profanación, en lo vanal y vistoso de los uniformes militares, en relación á la grave y trágica misión de que invisten á los hombres.

*

* *

A nosotros en nuestra juventud nos ha deslumbrado también ese brillo de las armas y de los uniformes... ¡cosas tan alegres y tan siniestras!...

Luego, cuando nos comenzó á parecer absurdo tanto colorín, tanto cuello tieso y molesto, morriones de cartón y cascos (y hasta corazas de hojadelata) risibles, aceptando, sin embargo, la necesidad de tropas regulares para la defensa nacional, fántaseábamos bastante imaginándonos (nosotros muy amantes de lo genuinamente pintoresco) uniformes sencillos y típicos propios de nuestro país y de cada región (á estilo de los somatenes)

y que reunirían lo cómodo y lo práctico de lo que es habitual. "Lo uniforme" estaría en el equipo de cada región, fácil por ser el propio traje regional, y siendo lo práctico en la defensa, la condición de ser tropas propias de cada provincia, solo movilizables fuera de su zona en casos extremos.

Así tendríamos tropas que conocerían al dedillo su montaña, su barranco, su llanura...

Así tendríamos los verdaderos patriotas en donde son y cómo son...

Así en las grandes paradas militares no tendríamos un pliego de soldados de papel con afeminados figurines alemanes ó franceses, sino una visión viril y pintoresca de la gran patria, con sus multicolores trajes típicos, en las tropas de Cataluña, de Valencia y Murcia, de Aragón, de Andalucía, de Castilla, de Vizcaya, de Asturias, de Galicia...

Como ves, caro lector, nosotros también hemos tenido la debilidad del uniforme.

La mancha de Caín

El condenado á muerte

"No creemos nosotros — y escribimos esto con fecha 30 de Abril — en que se cumpla la condena de muerte pronunciada contra el sargento Pedroza; y tanto no lo creemos que juzgamos inútil reeditar los argumentos contra esa pena monstruosa; argumentos que todos tenemos en nuestra mente y en nuestro corazón.

Que se castigue un asesino con otro asesinato, más alevoso, más premeditado y de mayor ensañamiento, lo dirá el código; pero no puede ocurrir en la Argentina de hoy.

"Mundo Argentino" 5—. 5—. 15

¡Las armas, la guerra, la inexorable ley!...

La inexorable ley creada por los hombres ha pedido para el reo la última pena.

Los hombres sedientos de justicia, no muy seguros de su conciencia, aducen, eludiendo toda responsabilidad: "Le mata la ley".

Los hombres piadosos claman exaltados en su compasión: "¡Qué horror!... ¡qué lástima!...".

¡Oh pureza inmaculada de la ley, de cuyos actos unos hombres eluden las responsabilidades y otros hombres abominan!...

*

* *

Es un reo militar y es horrendo su delito: Ha cometido desacato en la autoridad, ultraje en la disciplina... ¡ha recobrado sus fueros de hombre primitivo, atropellándolo todo con violencia salvaje!

*

* *

La naturaleza parece entristecida, abrumada por un dolor inmenso... Gime el viento pertinazmente, desolado, como una queja sin consuelo de espíritus abatidos; cubren el cielo negras nubes como tenebrosas ideas; cae de vez en cuando alguna gota de lluvia como lágrima silenciosa...

*

* *

El reo condenado á muerte es joven, está en la florescencia... Su mujer, su compañera, ha venido á verle á la prisión... La mujer dá el pecho á un retoño... una niña de siete meses que

se amamanta de congojas, de angustias indecibles... Además, aquella infeliz mujer se halla en cinta de otro ser desdichado que agoniza en las entrañas desgarradas por el dolor...

Los esposos se abrazan estrechamente, sollozan... la niña entre ambos... parece que han de quedar así para siempre... ¡oh, matadlos! matadlos así juntos, ahora mismo, que no padezcan más!... Eso sería piedad. ¡¡Matadlos!!

*
* *

Han puesto al reo en capilla... son las seis de la tarde... á las doce horas será ejecutada la sentencia...

Doce horas... ¡una eternidad! ¿A qué el suplicio? ¡Oh, matadlo ya, por compasión!...

La mujer, su compañera, no vendrá á despedirlo: aniquilada por el dolor, enferma, se halla postrada en el lecho... El reo no verá tampoco á su niña... ¡su niña, aun vivo él y ya sin padre!

Está en capilla el reo y tratan "de consolarle, de agasajarle"... ¿Qué comería? qué desea? qué apetece?... ¡Qué crueldad! No ensañaros, hombres! Dejadlo, por Dios, en paz!... Hay dolores desheredados de todo consuelo... ¿Qué vais á decirle?

Qué vais á ofrecerle, si se lo vais á quitar todo?

Os preguntará por su mujer, por su niña... dirá que por qué no vienen á abrazarlo por última vez... Y habréis de contestarle que están enfermas, que agonizan de dolor, ó habréis de dejarlo pensar que ya lo han olvidado...

Dejadlo, por piedad, no lo torturéis... ¡Matadlo cuanto antes ó perdonadlo!

*

* *

Tan pronto lentas, atormentadoras... tan pronto veloces, fatídicas... pasan las horas en la capilla del reo... El reo las cuenta... mide la distancia aterradora, cada vez menor, del camino fatal de la muerte... En el doloroso trance, vé su vida entera, la recorre toda á grandes saltos de su espíritu... Candores, alegrías de su niñez, ímpetus de su juventud, esperanzas, desengaños, abatimientos... desesperaciones terribles, locuras reprobables, resoluciones espantosas, actos inícuos... Luego sus ternuras, sus arrepentimientos, una resignación sobrehumana, quizás con aureola de mártir... ¡Tal vez en la negrura pavorosa de sus pensamientos hay solo un punto luminoso... una lucecita ténue

de infinita tristeza... ¡la sonrisa angelical de su niñita, de aquel angel de Dios!...

* *
*

Acaban las trágicas horas de la capilla... se inicia un alborear de día lúgubre...

El reo cuenta las horas, escucha el redoble de los tambores, el son de las cornetas, oye las remotas pisadas de las tropas que se van acercando en el camino de la muerte...

*
* *

Las tropas han formado el cuadro, llega el piquete conduciendo al reo, llueve copiosamente cual si la Naturleza llorase como madre desolada...

En un instante el reo es colocado de rodillas con los ojos vendados, de espaldas... Se destacan los soldados que han de ejecutarlo, se oye una velada (quizás temblorosa) voz de mando, se alzañ los fusiles, suena una descarga y el infelíz condenado cae de bruces... hecho una masa inerte... ¡atravesado por las balas piadosas que le hacen pasar á mejor vida!...

Hay gentes que presencian desde lejos el acto horrible: un



alarido se escapa de los pechos, se estremecen y lloran los hombres, gimen y se tapan el rostro las mujeres...

La víctima yace exánime con el rostro enlodado... un raudal de sangre brota de sus oídos y empapa el suelo...

Y llueve sin parar, tenazmente... monótona, desesperadamente... Parece que la Naturaleza (la gran madre), llora por sus hijos y, fuerte en su misión heróica, borra las huellas del reo, las de aquellas tropas... lava aquella sangre... ¡la mancha de Caín, que los hombres echaron en la tierra!

La esperanza

> La guerra de pluma que, la otra, la de cañón y espada, ha provocado, será fecunda.
>
> . . . .
>
> Morirá mucha gente en esta guerra que, por lo demás, habría acabado por morirse; se destruirá mucha riqueza; pero abrigo la fé de qué, gracias á esta guerra, nacerá gente nueva, de veras nueva y se creará riqueza nueva.
>
> UNAMUNO

"A los tuyos, con razón y sin ella." — me decía mi madre.

"Claro que aquel era un arranque de madre con fiereza de acendrada ternura... Leona que lame sus cachorros y se prepara al zarpazo... Yo que era uno de aquellos cachorros sentía, sn embargo, ganas de gritar:

"No y no, madre: la razón á quién la tenga. Seamos justos".

De esto me acordé cuando aquel amigo se pronunció oponiéndose á mi tendencia contra el concepto "Patria" .

"Lo único grande que nos queda tal vez — me decía — es el sentimiento patrio." Yo no encontraba aquel sentimiento (circunscripto) ni noble, ni generoso, ni justo.

Los que se exaltan con el sentimiento patrio parecen heridos por nuestra tendencia contra el concepto "Patria", y los heridos en lo más delicado del sentimiento, no circunscripto, (pre-

cisamente por nuestra tendencia altruista) somos nosotros.

Por ejempo: los regionalistas en España, que se tienen por muy patriotas, son, acaso, menos patriotas porque son separatistas y van contra la unificación de la patria. Ateniéndonos á eso, resultamos nosotros más patriotas, porque no queremos ni separatismo ni regionalismo español, francés, italiano etc., (como diríamos regionalismo catalán, ó vasco, ó gallego) sino que, renegando de estos lamentables separatismos, aspiramos á la fraternidad de todos los hombres universalmente unidos en una patria única.

Los que en sus idealismos radicales tienden á que desaparezca "la familia" de hoy, es porque sueñan con la gran familia de todos... en el futuro.

Los que van contra la patria de ahora, es porque sueñan con la "única patria" de mañana...

El concepto absurdo de patria, hoy, significa antagonismo, competencia, rivalidad, odio... Es admisible este concepto de "Patria" únicamente renunciando en absoluto al progreso moral humano.

No creemos que habrá siempre guerra. No creemos que el sentimiento de la patria será siempre una mezcla de acendrada ternura y de fiereza... Tenemos fé "en la cultura del sentimiento"... Solamente que está en los albores...

* * *

Alemania ha violado el territorio belga... ha pisoteado (pateado) todo derecho, mancillado toda pureza, hecho profanación de lo más sagrado...

Pues, si nosotros fuésemos alemanes, renegaríamos de nuestra patria, y si nuestra madre (la tradición) con su ceguera, con sus prejuicios, con sus viejas preocupaciones, nos decía: "A los tuyos con razón ó sin ella", renegaríamos de nuestra propia madre.

* * *

Y sin embargo mañana... ¿Por qué han de perdurar mañana los motivados odios de hoy? ¿Por qué mañana los hijos de los belgas han de odiar á los hijos de los alemanes?

Hoy mismo... ¿cuántos habrá inocentes, en el pueblo alemán, de la bochornosa hazaña de un militarismo bárbaro?

* * *

Preconizadores del hombre super bruto..., de la bestia,... estáis ciegos...

Toda nuestra esperanza la ponemos en el superhombre sentimental: lo vemos que llega...

Desertores

Sin piedad mandas tus hijos
á la guerra á que se maten...
¡Cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!

¡Patria!... ¡ay, pobre patria!... De cosas y más cosas funestas vienen noticias de tí!... ¿Cuándo llegarán nuevas de una verdadera época de florecimiento? de trabajo? de progreso? de sosiego? de bienestar?...

¿Le faltaba otra guerra al desangrado pueblo?

En tanto, llegan y llegan á estas costas los trasatlánticos abarrotados de emigrantes españoles... "¡Allí no se puede vivir!" — claman.

Las contribuciones, la renta, los réditos...
y la guerra, por si algo faltaba...
¡La sangría suelta
por ande la vida del pobre se escapa!...

—Si con ir á matarnos se hubiera de pasar menos hambre... — dicen los pobres.

—Pelear por pelear, nos parece cosa de locos ó de "dejaos" de la mano de Dios.

Y sigo escuchando aquellas voces de buenos patriotas que huyen, suspirando, de una patria que no demanda su concurso de obreros para engrandecerse y que les exige, en cambio, con bien rara manifestación de afecto maternal, en estéril holocausto, un constante sacrificio de vidas preciosas.

Dice un anciano, de cuyos hijos uno murió en Melilla y otro en la manigua cubana en guerras anteriores; un anciano que emigra con otros dos hijos, que también "sirvieron al rey", y una numerosa prole de nietos, próximos futuros soldados y ya desertores; dice el anciano:

"Se debe pelear para defender la hacienda ó para engrandecerla. Si se persigue la conquista de un territorio, debe ser con miras económicas y prácticas de una buena política de expansión, de progreso, de prosperidad.

Pero ir á matarse hombres y hombres y á tirar millones, desangrando á una nación, arruinándola, por un quítame allá esas pajas ó para disputar un palmo de terreno que hoy es tuyo,

mañana mío y luego tuyo otra vez, y así toda la vida!...

El suelo de Marruecos está regado, empapado de sangre española, sembrado de huesos de infelices soldados que fueron otras tantas veces á pelear, ciegos cantando ó despiertos llorando y ¿para qué? No hay un pedazo de tierra africana en poder de la patria que sirva para algo práctico y útil, ningún refugio para los que tienen que emigrar de la península, ningún pedazo de terruño que, cultivándolo, explotándolo en algún sentido, dé el pan que ha de negarles, forzosamente, la esquilmada, exhausta madre tierra.

Existe un solo punto de Africa adonde van miles y miles de españoles... en donde viven y prosperan con el trabajo de sus brazos, con su saber de prácticos agricultores; pero este punto no es de España, que tira y tira ciegamente el dinero y la sangre de sus hijos... este punto es la Argelia francesa.

Con una serenidad trágica, se ha separado de mi el anciano rodeado de su prole de nietos desertores, y han seguido desfilando, con la suspirante queja en los labios, aquellos buenos patriotas que idolatran su tierra pero que huyen de ella, porque en ella hay gentes que padecen una pavorosa é insaciable sed de sangre!...

*
* *

Las malas no son las tierras...
la "maldá" la "tién" los hombres...

Desfilan y desfilan emigrantes... forman un ejército... ¡el que sigue los derroteros de la paz y del trabajo que van á la victoria!...

Entre los hombres, también pasan y pasan mujeres con caras de españolas y gracia de españolas, madrecitas jóvenes, que cruzan por estas calles, ahora invierno, acurrucando á sus nenes que vivirían allá casi muriéndose de hambre y que luego la patria, si llegaban á hombres, los mandaría á otra guerra!...

¡Cómo se conoce, patria,
que no eres tú quién los pare!



Duelo á muerte

No es un lance en que las armas serán depuestas, una vez que se deje el honor á salvo.

La guerra actual es un duelo á muerte en que lo que importa no es el honor sinó el aniquilamiento, la anulación total del adversario.

Es disputada la supremacía en Europa y casi en el mundo entero, y ésto ha de costar verdaderos rios de sangre y ha de engendrar odios, represalias y guerras, siendo casi más pavoroso el porvenir que el presente.

Alemania sabe que le vá la vida y, sabiéndolo, ¿á qué extremo no llevará su esfuerzo y su locura guerrera?

Si sucumbe ¡qué inmolación inútil! ¡y si triunfa... ¡ay de los demás!

Hacía falta que los Jefes de Estado cedieran en sus apasionamientos y en sus rencores, que prescindieran de su vanidad y de su soberbia y que hasta depusieran algo el tan traído y llevado

honor nacional (á pesar de todo muchas veces por los suelos) y con un sentimiento de Humanidad más alto y más sincero, cortaran á todo costo la insensata contienda.

Es un duelo á muerte en que lo de menos deben ser los espadachines, sino los pobres hijos, las desconsaladas esposas, las tristes madres.

Las verdades del tío Juan

"Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad."
"El que quiera hacer algo humano no tiene que andarse en quebraderos de cabeza: que diga lo que piensa, como lo piensa, y esté seguro de que por muy malo que sea lo que haga no será peor que lo que haría violentándose".

ANGEL GANIVET

Era un hombre íntegro de luces naturales. Llevaba unas tierras propias, que fueron de su abuelo: una finca grande que pasó de hijos á nietos. Este hombre rayaba en los cincuenta años y era fuerte y equilibrado. Exponía sobre grandes problemas de la vida razones sencillas, sólidas é incomovibles como basamentos de granito. Le gustaba leer, ó mejor que le leyesen é ir razonando sobre lo leído, y solía decir:

Estos hombres que escriben son listos; pero más que en decir claramente lo que piensan, ponen su talento en decirlo con vueltas y arrodeos.

Así, son pocos los que pueden entenderlos y con trabajo, seguramente. A mi me parece que la cosa más grande de este mundo, pensándola un hombre, la puede decir claramente para que la

entiendan todos los demás. Lo que se sabe bien, lo que se siente bien, se dice claro. Si esas cosas enrevesadas las entienden solo unos cuantos como ellos, no merecen la pena de ponerlas en los papeles que ha de leer todo el mundo. Y más obligación tienen de ser claros y de llamarle al pan, pan, y al vino, vino, cuando hacen de pastores que guían la majada. Después de poner todos mis sentidos, en la lectura, he podido entender con dificultad que el que escribe quiere decir que la nación se gobernaría mejor sin diputados y senadores, porque éstos son hechos por los que gobiernan y no por los gobernados. Parece que podríamos ahorrar el trabajo y el gasto de esos malos comediantes. Otro escritor manifiesta que no está conforme, y quiere decir que esos diputados y senadores son como los maniquíes vestidos de frac en las sastrerías que, quito la ropa, ni tienen sesos ni nada.

Pues que lo digan claro. Que digan que esos representantes del pueblo no lo son legítimamente y que además son unos ceporros sin un dedo de frente y limpiachaquetas y criados adulones y lamesuelas de las camarillas de reyes y ministros. Que digan que para representar al pueblo hacen falta hombres de talento, de prestigio, y, sobre todo, de buena voluntad, verdaderamente nombrados por el pueblo. Y si hace falta tirar de una

patada todo lo existente se tira y punto concluido. Y así sucesivamente. Creo que para decir claras estas cosas no hacen falta filosofías.

Hablando después, de la guerra actual dice este hombre:

—Vamos á ver: Andan los papeles con el lío de si España debe ó no entrar en la guerra... ¿pero quién se ha metido con España? En cambio, muchas veces que se han metido, han arreglado las cosas, como mujeretas, los que danzan en estos negocios. Ya por varias veces los gobiernos han arruinado al pueblo para comprar y hacer barcos de guerra y, según malas lenguas, amén de haber rapiñado y malgastado, no tenemos que sirva para el caso ni una mala barquichuela. Estamos con Marruecos, y tres cuartos de lo mismo: vayan hombres y vaya dinero, y allí somos los amos de cuatro chumberas mientras les untamos con dinero á los santones y jefes de kábila y mientras los moricos quieren estarse quietos. Cada uno es como Dios lo ha hecho y yo creo que España y, mejor dicho, cada español debe estarse en su casa sin ir á la fuerza al servicio militar y sin arruinarse para comprar barcos y otros embustes... Y cuando llegue el caso, lo mismo los alemanes que los otros, los que quieran tomar á España, que vengan! Una cosa es la guerra de los soldados y otra cosa la guerra en que cada uno defiende su casa y su "su tierra de verdad".

ÍNDICE

Obras de Vicente Medina

EN PREPARACION

3'50

El Libro de la Paz (La voz de los pastores) — Prosa —Páginas de combate que resumen el trágico momento de la actual guerra bárbara del mundo. Este libro es la amplitud del grito desgarrador que el autor lanza en sus CANCIONES DE LA GUERRA. Forma un grueso volúmen de mil páginas.

La Compañera Poema—Poesía. La obra más íntima del autor en donde se manifiesta su carácterística sentimental más honda y delicada.

I **Ya regada está la tierra con la sangre de los hombres...**

II **Hondos surcos han abierto, los trabajos y las penas...**

III **¡Sembradores, á los campos que es el día de la siembra!.**

Son tres volúmenes que contienen escuetamente las tendencias radicales del autor ante el desquiciamiento social: guerra, imperialismo, militarismo, nacionalismo. Una buena parte del contenido de estos trés volúmenes forma EL LIBRO DE LA PAZ con acopio de juicios notables é informaciones, tomados de la prensa.

Sin rumbo Versos escépticos.

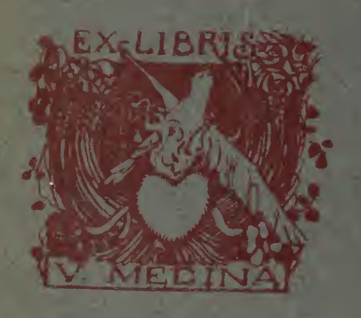
Yo mismo Autobiografía y preceptivaliteraria.

A la buena de Dios Filosofía ligera.

Vicente Medina tiene naterial para algunos otros tomos en prosa y verso.

Correspondencia á VICENTE MEDINA
Entre Rios 958
ROSARIO de Sta. Fé
República Argentina


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
865 M4690Y1919 C001
Ya regada esta la tierra con la sangre d
3 0112 089098559


EX-LIBRIS
V. MEDINA